

que hemos de buscar no fuera, sino en la máxima interiorización del ser, puesto que, como dice San Agustín, "Dios es más íntimo al alma que el alma misma". Así, como bien observa el P. Quiles, el éxtasis cristiano es un perderse (salir fuera de sí) para encontrarse mejor a sí mismo (entrar dentro de sí, *in-sistere*) interiorizándose en Dios. "El hombre --nos dice-- es así "ser" en tanto en cuanto *in-siste* en su fundamento... Aparece en este doble análisis de la esencia del hombre un doble elemento esencial: el hombre es *in-sistir*, y por lo tanto necesita de aquello en donde ha de *in-sistir* en último término; lo cual ya no *in-siste*, sino que "*siste*" (está en sí mismo), no ha de estar en otro, la *in-sistencia* del hombre tiene como elemento o estructura necesaria la *Sistencia*. Y ahí termina el análisis de la esencia humana".

He aquí, pues, que por el método de la analítica existencial el P. Quiles nos ha llevado a las verdades eternas de la filosofía perenne; al conocimiento del hombre contingente, *ens ab alio*, cuya existencia implica la de Dios, *Ens a se*, del cual depende esencialmente.

Forzosamente, al tratar de resumirla en pocas líneas, esta novísima teoría ha perdido mucho de sus matices y de su fuerza. Pero hemos dicho solamente lo necesario para despertar la atención de los estudiosos. Creemos que, cuando se la estudie y se la medite seriamente, y se estudie asimismo su aplicación a los problemas de la filosofía: al problema del ser en cuanto ser, al problema del conocimiento, al problema de Dios, —aplicaciones que aquí el autor ya señala— nos hallaremos tal vez con que, en estas pocas páginas, estamos frente a un acontecimiento de trascendencia en la historia de la filosofía argentina, y

quizá del pensamiento filosófico universal.

M. M. Bergadá.

"LA NAUSÉE", *Jean Paul Sartre*
38a. ed. - Gallimard, París, 1943.

"La Nausée", de Jean Paul Sartre, que indudablemente bajo su forma de "journal" de un imaginario Antoine Roquentin tiene mucho de autorretrato, nos da una idea exacta de lo que pueden ser los pensamientos y sentimientos, el enfoque general de sí, de sus semejantes y del mundo que lo rodea —la "weltanschauung", en una palabra— de un *ateo teórico y práctico*, desprovisto por añadidura de cualquier clase de moral, pues es lo suficientemente perspicaz como para comprender qué valor pueden tener, sin Dios, esas morales basadas en el sentido del deber, o en un amor a la humanidad u otro motivo semejante. Sin una finalidad trascendente ¿qué sentido pueden tener todas estas cosas? Obvio es decir, por lo tanto, que las nociones de bien y de mal se hallan radicalmente ausentes de ésta como de las demás obras de Sartre.

Más dejando de lado el aspecto que llamaríamos cínico, concretémonos a la parte filosófica. Veamos algunos párrafos, entre los más característicos:

"Lo esencial es la contingencia. Quiero decir que, por definición, la existencia no es la necesidad. Existir, es *estar ahí*, simplemente; los existentes aparecen, se dejan encontrar, pero jamás se puede *deducirlos*. Hay, según creo, quienes han comprendido esto. Sólo que han tratado de superar esta contingencia inventando un ser necesario y causa de sí. Pero ningún ser necesario puede explicar la existencia: la contingencia no es un falso aspecto, una apariencia que se pueda disipar; es

lo absoluto, por consiguiente la gratuidad perfecta. Todo es gratuito: este jardín, esta ciudad, yo mismo”.

...“La existencia por todas partes, hasta lo infinito, de más, siempre y en todo; la existencia —que jamás es limitada sino por la existencia”... “¿Por qué tantas existencias, puesto que todas se asemejan? ¿Para qué tantos árboles todos semejantes? ¿Tantas existencias fallidas y obstinadamente recomenzadas y de nuevo fallidas, como los torpes esfuerzos de un insecto vuelto patas arriba? (Yo era uno de esos esfuerzos). Esa abundancia no era efecto de la generosidad, al contrario. Era sombría, sufriente, molesta de sí misma. Esos árboles, esos grandes cuerpos sin gracia”... “No tenían ganas de existir; sólo que no podían evitar el existir; he ahí todo”... “la muerte sólo podría venirles de fuera”. “Todo existente nace sin razón, se prolonga por debilidad y muere *par recontra*”. Me eché hacia atrás y cerré los ojos. Pero las imágenes, inmediatamente despertadas, saltaron y vinieron a llenar de existencias mis ojos cerrados: la existencia es un pleno que el hombre no puede dejar”.

“No me sorprendí, bien sabía yo que era el Mundo, el Mundo desnudo que se me presentaba de golpe, y me ahogaba de ira contra ese enorme ser absurdo. No era posible siquiera preguntarse de dónde salía eso, todo eso, cómo era que existía un mundo y no nada. Eso no tenía sentido, el mundo estaba presente en todas partes, delante, detrás. No había habido nada *antes* que él. Nada. No había habido momento en que él hubiera podido no existir. Era eso lo que me irritaba; seguro que no había *ninguna* razón para que existiera, esa larva que se arrastraba. *Pero no era posible* que no existiera. Eso era impensa-

ble: para imaginar la nada, era menester que uno se encontrase ya ahí, en pleno mundo y con los ojos abiertos y viviendo; *la nada* no era más que una idea en mi cabeza, una idea existente flotando en esa inmensidad: esta nada no había venido *antes* de la existencia, era una existencia como las demás y aparecida después de muchas otras. Grité: ¡qué asco! ¡qué asco!”.

Reflexiones de este género, en otras cabezas, conducen precisamente al encuentro con el Ser Necesario y Eterno. Y ¡qué sentido distinto adquiere esta conciencia de nuestra propia existencia, y de la multitud de existencias, animadas o no, que nos rodean, cuando se conoce a un Dios Creador, Ordenador y Ultimo Fin de todas las cosas, que es el Sumo Bien, la infinita Sabiduría que con su Providencia lo dispone todo para el bien de las creaturas por Él creadas con infinito amor!

Quitad en cambio a Dios y Sartre tiene razón. Su filosofía, por chocante que pueda parecer, no es en el fondo otra cosa que la consecuencia rigurosamente lógica de tal ateísmo. Evidentemente, visto desde esa posición, el mundo no puede menos de ser un inmenso sin-sentido, que existe *para nada*, llevando en sí millones de existencias —entre ellas la propia— completamente gratuitas y desprovistas de toda finalidad. Es innegable, viendo así las cosas, que todas estas existencias arrojadas en el mundo para nada, sin una causa ni un fin que las expliquen y les den un sentido, son profundamente *absurdas*, el Mundo todo es un inmenso Absurdo, y la constatación de todo esto no puede menos de provocar la *náusea*, el asco de la existencia.

La discusión, pues, o la refutación de tal filosofía creemos que habría de hacerse en su punto de partida, en la te-

sis que le sirve de base: la negación de la existencia de Dios, o más aún, la "demostración de la no existencia de Dios" que hace Sartre en otra de sus obras. Ahí está la clave de todo.

Pues, lo repetimos, partiendo de ahí Sartre es el más consecuente y lógico de los ateos, y lo único que no nos explicamos es cómo, al haber llegado a esa plena conciencia del absurdo de las existencias, en tales condiciones, no ha llevado su consecuencia hasta pegarse un tiro, en lugar de aumentar el número de cosas existentes con los cientos de millares de ejemplares de sus libros que corren por ahí, los millares de francos que eso le ha de reportar, y tantísimas otras consecuencias todas groseramente existentes.

La exposición de esta teoría filosófica a través de los menudos sucesos y reflexiones que Antoine Roquentin va anotando en su "journal", podría haberse hecho exactamente lo mismo sin la intercalación, cada tantas páginas, de unos cuantos renglones de la más cruda obscenidad, absolutamente innecesarios para la teoría y para el relato, y que francamente no sabemos si se deben a una especial conformación mental y moral que ese ateísmo teórico y práctico ha impreso en Sartre, o a su prurito de enfrentar todos los "convencionalismos", o... no por nada leemos en la portada: 38e. *édition*.

Por último, hay que señalar que, aunque su ateísmo debiera ponerlo más bien en una actitud indiferente o prescindente frente a cualquier religión, que para él no es otra cosa que una invención de los "salauds" para ocultarse la monstruosa realidad del absurdo de sus existencias, hay en cambio en Sartre un positivo odio hacia la Iglesia Católica, que se percibe apenas trata, aunque sea de paso, algo vinculado con ella:

"dans les églises, à la clarté des cierges, un homme boit du vin devant des femmes á genoux" (pág. 61), aunque a veces su conocimiento del tema no puede menos que hacer sonreír: "Je croyais que la haine, l'amour ou la mort descendaient sur nous, comme les langues de feu du Vendredi saint" pág. 194).

M. M. Bergadá.

JOSE M. RUBERT CANDAU - *Diccionario Manual de Filosofía*. Editorial Bibliográfica Española, Madrid, 1946. 660 págs.

La aparición de este Diccionario merece ser saludada como un acontecimiento en los países de habla española, pues pocas obras serán tan útiles como ésta para el estudiante, para el profesor de materias que rozan la filosofía, y en general para todo hombre culto que, por falta de tiempo o de vocación, no ha podido adquirir un conocimiento profundo de todas las ramas y problemas de la filosofía.

Asombra realmente, a poco que se hojee esta obra, el criterio sano y armónico que la ha inspirado y que la convierte en un verdadero instrumento de estudio y formación, casi diríamos en un verdadero libro que presta un servicio muy distinto del que en general puede esperarse de un "diccionario".

Porque el *Diccionario Manual de Filosofía* no está realizado con el afán de ofrecer un extenso vocabulario en torno al cual se articulan definiciones, datos históricos, teorías, etc. Esto es lo primero que nos viene a la mente cuando pensamos en un "diccionario de filosofía". Pero no es lo que hallamos en la obra de Rubert Candau. Hay allí algo menos y algo más: menos vocablos